

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

GENERACIONES LOS CAMBIOS DEL MUNDO

EN el escrito en que más formalmente se enfrentó Ortega con el tema de las generaciones —«En torno a Galileo», 1933—, hacia una distinción decisiva: a) que algo cambie en el mundo; b) que cambie el mundo. Todos los años, y acaso todos los meses, cambia algo «en» el mundo —y a veces ese algo es muy importante—; pero cada quince años, al alcanzar el poder social una nueva generación, cambia «el mundo» —aunque sea un poco—; se produce, pues, un cambio «del mundo».

En mi libro «El método histórico de las generaciones» (1949) desarrollé considerablemente estas ideas y me detuve en el análisis de sus problemas principales; sobre todo, el decisivo: la determinación de la serie efectiva de las generaciones, y por tanto de las fechas en que acontecen los cambios globales, los cambios «del mundo». Pero todo esto depende de lo que se entienda por «el mundo».

La escala de las generaciones es válida dentro de una sociedad; si tomamos dos sociedades enteramente distintas e in-comunicadas —cualquiera de las americanas precolombinas y cualquiera de las europeas en las mismas fechas—, naturalmente no hay la menor conexión, y sus desarrollos generacionales habrán de ser absolutamente independientes. Casi lo mismo podría decirse de sociedades «conocidas» entre sí pero que en modo alguno forman una (digamos la China y la Venecia de Marco Polo). El problema se plantea con mucha mayor agudeza cuando «distintas» sociedades están realmente en presencia y en algún sentido forman parte de una unidad superior común, aunque sea tenue y no plenamente saturada. Es el caso de las diversas naciones europeas; o de los países de América; o de unas y otras dentro del mundo occidental; o, finalmente, de los «mundos» que hoy coexisten y acaso conviven, más o menos pacíficamente pero con múltiples relaciones y conexiones. ¿Qué sucede entonces? ¿Cuándo —y dónde— se producen los cambios generacionales, los cambios «del mundo»?

Durante muchos años he estudiado con atención la sucesión de las generaciones españolas, primero en los siglos XIX y XX, después incluyendo el XVIII, finalmente desde el siglo XV hasta la actualidad. Los resultados son sorprendentes; las agrupaciones de nombres aparecen como personajes colectivos de la historia y la hacen inteligible; en muchos casos, las anomalías de ciertas figuras se hacen comprensibles tan pronto como se las adscribe a una generación y, sobre todo, se precisa su puesto dentro de ella y sus relaciones con las inmediatas. En un libro de próxima aparición («Literatura y generaciones. Colección Austral») reúno unos cuantos estudios en que esto se ve con sorprendente claridad.

¿Cuáles son los límites de validez de esta escala? Más allá de España, ¿puede aplicarse la misma? Es muy probable que, al menos desde el siglo XVIII, la escala de Europa occidental sea una y la misma. ¿Y América? El único estudio verdaderamente riguroso sobre un país americano («Las generaciones argentinas», de Jaime Perriau) llega a una escala que difiere de la encontrada por mí en España. La escala de Perriau,

tomando fechas de nacimientos, es para la Argentina la que sigue:

1760 - 1775 - 1790 - 1905 - 1820 - 1835 - 1850 - 1865 - 1880 - 1895 - 1910 - 1925 - 1940.

La mía para España, en la misma época, sería:

1766 - 1781 - 1796 - 1811 - 1826 - 1841 - 1856 - 1871 - 1886 - 1901 - 1916 - 1931 - 1946.

Es muy posible que ambos tengamos razón. Es igualmente verosímil que si se estudian de cerca las generaciones de Méjico, el Brasil o los Estados Unidos se obtengan escalas que difieran de la española, la argentina y tal vez entre sí. Cada sociedad es una unidad dentro de la cual ejercen su presión ciertas vigencias que condicionan la vida y establecen el alvéolo por donde discurre el imprevisible contenido de la historia. Pero entonces se plantea un problema insoslayable: ¿qué pasa con «el mundo»?

Durante mucho tiempo, cada sociedad nacional (o sus equivalentes donde no se tratase estrictamente de «naciones») estaba primariamente dentro de sí misma. El torso de las presiones sociales ejercidas sobre cada individuo venía de ella; la mayor parte de los estímulos eran internos; los exteriores eran «muy pocos» y «además tardíos», es decir, llegaban mucho después de haberse originado, «frios», si vale la expresión, con escasa fuerza de impacto. En otras palabras, las sociedades se moldeaban principalmente en su interioridad.

La situación actual es enteramente distinta. Aunque las naciones siguen teniendo una fuerte personalidad, son las sociedades plenamente saturadas y, lo que es grave, permanecen en buena medida «cerradas» y con una pavorosa ignorancia respecto de las demás, no es menos cierto que sus contactos son frecuentísimos, que lo que ocurre en una afecta a otras muchas, que los problemas de todo tipo rebasan las fronteras nacionales, que se reciben en cada país todos los días incontables estímulos exteriores, inmediatos y con plena eficacia.

La verdad es que no resulta muy claro cómo es el mundo actual desde este punto de vista. Las sociedades nacionales, que nos acaban de parecer cerradas, que se desconocen profundamente entre sí, se nos muestran a la vez como abiertas y expuestas a todos los vientos, bombardeadas sin respiro por agentes que vienen del exterior, hasta el punto de que la intimidad y personalidad de cada una resulta problemática. No es fácil saber a qué atenerse.

Yo sugeriría una interpretación. Las naciones siguen aisladas, cerradas, in-comunicadas «unas respecto de otras». Lo que cada una realmente es, en su profundidad —en su misterio, porque todo país es misterioso—, permanece arcano para las demás, que no penetran en esa singular «intimidad colectiva» ni, en rigor, se interesan por ella. La evidente «apertura» de los países no es «a los otros» sino «al mundo» (al mundo en que unos y otros están). Hay una porción de contenidos que no son franceses, ni españoles, ni italianos, ni argentinos, ni mejicanos, ni norteamericanos, ni australianos, pero sí «occidentales»; y algunos que no son ninguna de esas cosas, ni

rusos, ni chinos, ni africanos, pero son «de 1974» sin restricción.

Permaneciendo, pues, el aislamiento, la clausura, la in-comunicabilidad de los países, habria, sin embargo, un mundo el cual están, algo que sería lícito llamar un «mundo ambiente» en un sentido análogo a aquel en que se habla de «medio ambiente». (La diferencia está en que «medio» es un concepto biológico, «mundo» un concepto humano, histórico-social. hombre como tal no está en un medio, sino que vive en mundo, una de cuyas dimensiones abstractas es el medio.)

En ese «mundo ambiente» vivimos a la vez que en nuevos países. Nuestra óptica cambia de una a otra perspectiva. A ces atendemos sólo al mundo, olvidando las zonas de nueva vida que permanecen intactas y arcanas, en la matriz de nueva sociedad particular; otras veces nos atenemos a esta, pe mos solo en ella, olvidando que está en el mundo y que destino habrá de depender de su conjunto. Paradójicamente cuando los españoles se ocupan de política —quiero decir hablar de política—, olvidan el resto del mundo y no tienen ojos más que para la realidad intraespañola, a pesar de que dimensión política de la vida es aquella más condicionada el «mundo ambiente», sin el cual nada es inteligible —ni, turamente, viable.

Pero volvamos a las generaciones. Los cambios «del mundo» no se pueden reducir hoy a los límites de ningún país; siquiera de los más grandes. Afectan al «ámbito» en que están, donde se encuentran y conviven. Ahí es donde acontecen las mudanzas decisivas, que —un poco después— resuenan cada uno de los países y los modifican. Es muy posible que cada uno de los centros de resonancia, quiero decir cada de las sociedades saturadas, esté a una determinada «distancia histórica» del mundo envolvente. Del mismo modo que puede medir la distancia a que está una tormenta contando los segundos que median entre el relámpago y el trueno, podría mensurar esa distancia histórica observando el intervalo e los cambios del mundo y su repercusión en cada una de las sociedades. Esto ayudaría a establecer esa «cartografía» tórico-social con que sueño desde hace veinticinco años.

No me sorprendería que la escala generacional del «mundo ambiente» coincidiese con la que he propuesto para España. No se trata de ninguna megalomanía; para verlo así, basta formularlo al revés. España ha estado casi siempre —desde ha sido España, desde hace cinco siglos justos—, en el centro del mundo; ha contribuido a «hacerlo» quizá más que ningún otro país singular; lo ha «padecido» en carne viva, en un proceso dramático, tan desconocido hasta por los españoles. No es inverosímil que la escala de las generaciones españolas coincida con la que podemos llamar «mundial».

Si así fuera, dentro de dos años, en 1976, se produciría relevo generacional, y con él un cambio «del mundo». No por estas razones teóricas y formales, sino por otras innegables y concretas, miro ilusionadamente a ese año. Anot lector la modestísima y cercana profecía: en 1976, 1974 ¡cerá extrañamente lejano.

Julián MARIA

SOBRE LA NATURALEZA

MUCHA y muy diversa «mala fama» llevo a cuestas, probablemente merecida, y, en más de un caso, ganada a pulso. Son las cosas de la vida. Pero mis amigos, benévolo por serlo, casi siempre encuentran alguna razón para disculparme. Excepto en un punto: suelen coincidir en echarme en cara mi indiferencia ante lo que ellos llaman el sublime espectáculo de la Naturaleza, o la Naturaleza, sin más. Me achacan el ser poco sensible al paisaje intenso, a la gracia taxonómicamente definida de los vegetales, al candor de las bestias. Lo cual no es verdad. En este asunto, como en todos, conviene precisar: aquello del «clare ac distincte» del bisabuelo Cartesio. De entrada, la Naturaleza —si la palabra con mayúscula puede tener un mínimo de valor conceptual manejable— no sólo está constituida por los panoramas calificados de «bellos», por los animalitos simpáticos o sorprendentes, por la rosa, la berza, el sicomoro o el espárrago. La Naturaleza es, también, el terremoto, el cáncer, la pulga, la vejez, la sequía, el petróleo, el tornado, un uñero. ¿O no? Por otra parte, soy de los que opinan que, en realidad, la Naturaleza empieza a ser, ahora, modestamente habitable para la generalidad de los hombres —pese a cuanto digan por ahí los aguafiestas de turno, y salvando lo que se imponga exceptuar— porque el hombre ha tomado la iniciativa de «desnaturalizarse». Contra la Naturaleza, el hombre ha inventado la casa y la rueda, la aspirina y el teléfono, la cama y el libro, el pan y los sofritos, la canción y la geometría...

Ya se me entiende, supongo. No trato de exagerar la nota, por supuesto. A la cuenta de las «invenciones» humanas habríamos de poner trucos tan siniestros como el Derecho Romano, los campos de concentración, la bomba atómica y el televisor importunamente estentóreo del vecino. Y tantísimas barrabasadas más. Nadie lo niega. Pero el saldo es favorable. El problema, en el fondo, no admítala otra solución, o el hombre «vencía» a la Naturaleza, o la Naturaleza se tragaba —devoraba— al hombre. Esto es históricamente cierto. Es, además, «cósmicamente» cierto. El hecho de que, a veces, nos pasemos de rosca, no quita evidencia al caso. Al fin y al cabo —y con ello repito una obviedad—, el hombre es hombre, el hombre que es, en la medida en que ha intentado y conseguido dominar a la Naturaleza... Personalmente, me interesa más un «monumento» que una montaña o un prado, y un poema que un puma o una lagartija, y la tabla de multiplicar que una puesta de sol. Cada cual

NUESTROS AMIGOS LOS PAJAROS.

tiene sus preferencias. Y, yendo al fondo, me atrevería a sospechar que las preferencias naturalistas o naturalistas o naturaloides tampoco dejan de ser «cultura», y todas las presuntas admiraciones que en este sentido se proclaman dependen más de residuos literarios que de una reacción instintiva. La gente que vive en contacto directo, cotidiano, con la Naturaleza, no sabe ver «paisajes» a su alrededor. En última instancia, el paisaje —por ejemplo— es un prejuicio bien poco «natural».

Con la Naturaleza, el hombre hace literatura —o arte— y hace ciencia: formas de «dominio», distintas pero correlativas, una y otra. Acabo de citar el «paisaje». ¿De cuándo para acá existe verdaderamente el paisaje? No desde antes del siglo XVI, y ahí están las bibliotecas y los museos para demostrarlo. Más aún: de las bibliotecas y los museos, quizá ni siquiera visitados, derivan los éxtasis del excursionismo habitual, de guión o de vacaciones pagadas. Y no digamos ya esas ciencias que, por antonomasia, llevan el adjetivo de «naturales». Una posibilidad de «dominio» —la única sería— procedía del análisis y la ponderación de lo que cabría denominar el «comportamiento» de la Naturaleza. La Física, la Química, la Biología, la Geología, y tantas otras disciplinas emparentadas, nacieron de ahí. Desde luego, nada de todo eso tiene, en su raíz, una motivación gratuita: meramente «contemplativa». Por lo contrario, el impulso inicial acostumbra a ser pragmático: de provecho o aprovechamiento. La frontera entre la «ciencia» y la «técnica» es borrosa, y siempre lo fue (a menudo, y por lo general hasta hace cuatro días, la «técnica» precedió a la «ciencia»). Por «técnica» entendemos el uso y abuso artificial de la Naturaleza: la «civilización», la «economía» y «cetera». En el momento actual, predomina el abuso, según dicen. La crisis de la energía, tan alarmante, viene a ser un detalle. La hecatombe ecológica, otro. No hace falta acudir a otros. El hombre, «rey de la Creación», es su parásito...

Porque, acerca de eso, sería una estupidez engañarnos. Los dispositivos de supervivencia que nuestra «especie» tiene a su alcance son, literalmente, limitados. Los subsuelos mahometanos se agotarán cualquier día, y los paganos; las tierras de cultivo son cada vez más pobres a la hora de ofrecernos acelgas, trigo o uva; la creciente, inmensa voracidad humana acabará con todos los rebanos y todas las pesquerías imaginables. Hoy mismo, las multitudes urbanas se alimentan de animales y plantas «fabri-

cados» industrialmente: al margen de los mágicos designios de la Madre Naturaleza. «Parásito», dije. No más que otro congénere zoológico, claro está. Pero el hombre lleva la ventaja de ser «inteligente», o «ingenioso», y en el teatro de «la lucha por la vida» sale —provisionalmente— ganando. A expensas del resto de la «población» —vegetal y animal, ¡y mineral!— del planeta. Con una frecuencia angustiosa, los papeles nos informan de vastas mortalidades de peces en este o aquel río, o trozo de mar, y de la extinción de preciosas variedades de pajarillos o de gusanos, y si los botánicos fuesen tan atentos como los zoológicos, también nos enteraríamos de que cantidades considerables de hierbas, arbustos o árboles, en este instante, desaparecen sin remisión. Mientras la gente se reproduzca con la alegría ancestral, y en la medida en que esa gente viva pretenda superar el nivel no menos ancestral del hambre, la Naturaleza sufrirá las consecuencias. Somos muchos a comer, bien o mal, pero a comer, y... «animal que vola, a la casolla».

Me hago estas reflexiones mientras leo «Els ocells de les terres catalanes», de mi querido amigo Joaquim Maluquer i Sostres. No son, quizá, las que se harán otros lectores. El volumen en cuestión —denso, magníficamente ilustrado, con una implacable probidad intelectual— constituye un repertorio metódico de la avifauna «catalanoparlante». Los Maluquer son una familia memorable, tradicionalmente dedicada a la jurisprudencia, a la política, a las humanidades, y... a la ornitología. (Yo todavía confío en que Joaquim Maluquer confeccione una biografía de su abuelo, que tuvo que ser un tipo curiosísimo, por la variedad de sus intereses de cultura y por la singular peripecia cívica que le tocó protagonizar en algunos momentos: si no me equivoco, hasta fue por un par de días presidente de la Generalitat...) La ornitología es una «ciencia». O sea: una operación de «dominio» sobre la Naturaleza. Los volátiles indígenas o de tránsito, uno por uno, son descritos, biografiados e historiadados en este estúpido manual. Sólo que, a estas alturas, la ornitología no puede evitar, en sus exposiciones un ligero acento elegiaco. Por decirlo rápidamente: los pájaros se acaban. En este país como en todos. Hay especies que ahora mismo quedan reducidas a unas pocas docenas de nidadas. El «habitat» multiseccular se desvanece. El ruido de las carreteras, los insecticidas de los payeses, la caza feroz, y algunos factores más, les condenan a muerte: a una muerte global.

¿Es para lamentarlo? Repasando el libro de Joaquim Maluquer, la pregunta se plantea agudas inferencias. Y hay que reconocerlo: incluso yo —o yo más que nadie—, que nas sé distinguir entre un jilguero y un me encuentro abocado a una perplejidad moda. No será imprescindible adoptar, ¡a los pájaros; una actitud emotivamente fricana, ni entregarse a la veleidad esteticista «lo bonitos que son», ni entretenerse con el periquito que es loro de la mesocac ferior). Hay argumentos más sólidos para defender la supervivencia de la pajarería autóctona. Ninguno de ellos, sin embargo, es inmente económico. Y ni siquiera estamos erdiciones de manipular a lo Walt Disney queña mitología instructiva del ramo. Walney, los cromos de chocolates o panecillos, charlas televisivas —con frecuencia irrisorio del señor Ruiz de la Fuente (o como se ll tienden a explotar los plumajes exótico obra de Joaquim Maluquer no tiene nada ver con estas bromas. Al ceñirse a un cunscripción nacional metódica y pulcra, s portancia descansa en una excepcional itad de documento. En «Els ocells de les t catalanes» hallamos el censo íntegro de nue amigos los pájaros. Los de hoy. ¿Mañana? de que mañana, aparte de algún cuervo rárdico, sólo queden las tontas, elegantes, mestibles gaviotas. Y las galondrinas, que, la canción, van a Capistrano... Es difícil bular» un pájaro. Digámoslo todo: un p estabulado es una gallina...

Joan FUSTE

P.S. — Un desliz tipográfico, en mi ar del pasado domingo en esta misma pu pudo desconcertar a algún eventual i erudito. El libro «De la lección de la S da Escritura en lenguas vulgares» es de don Joaquín Lorenzo Villanueva, es sabido. Atribuirlo al pobre y excel pógrafo don Benito Montfort resultó chamba casi cómica. Del papelote en tión yo dije: «salido de la pluma» de Joaquín Lorenzo Villanueva y de la o: de don Benito Montfort...» Mencionar e presor, en este caso, valía la pena. E lumen tiene una gran dignidad materia J. F.